

¿Física o Ética?

¿Y cómo iba a saber qué carrera elegir con apenas 18 años, entre tantas opciones, y con la presión de que la decisión determinaría todo mi futuro profesional? Tenía dos grandes inquietudes que quería resolver a través de mis estudios universitarios: cómo es el mundo, y cómo cambiar el mundo. Tenía un interés casi idéntico para ambas cuestiones, y por los estudios de COU recién cursados para entonces, sabía que tenía que elegir la carrera de Física para el primer caso, o la carrera de Filosofía –por su rama de Ética– para el segundo caso. Poca gente me pudo asesorar sobre las salidas profesionales de la filosofía, así que acabé matriculándome en Física con una sensación extraña de ilusión y al mismo tiempo de pérdida.

Comencé en Zaragoza los estudios de Física con mucho ánimo y disposición. Pero sin darme cuenta fui perdiendo esas ganas. Bastante profesorado no me transmitía la pasión que yo sentía por las materias, parecía que hablaba otro idioma cuando explicaba los contenidos, y parecía que vivía en una esfera separada de la del alumnado. Debido al sentimiento de soledad, y la acumulación de dificultades y obstáculos a lo largo de todo el curso –no resolubles por los compañeros, que estaban la mayoría en mi misma situación—decidí no continuar esos estudios.

Pero no me rendí de todo. Mis inquietudes por esas preguntas básicas seguían intactas, por lo que pensé inmediatamente en Filosofía. Sin embargo, mi contexto más cercano no me aconsejaba aventurarme a una nueva carrera totalmente desconocida para todos. Mi mejor amiga, que tenía un año más que yo, me contó experiencias fabulosas sobre la carrera que estaba cursando. Ella estudiaba el tercer curso de Magisterio en Huesca, y me intentaba convencer de que iniciara esos estudios, diciéndome que sería una opción de la cual no me arrepentiría. A pesar de que me transmitió su ilusión, yo me mostraba muy escéptica porque no acababa de entender la función y las salidas profesionales de Magisterio; tenía entendido que en esa carrera se aprendía poco, regalaban prácticamente el aprobado, y no tenía mucho reconocimiento social respecto a otras grandes carreras. «*¿Pero no querías cambiar el mundo?*» –recuerdo que me preguntó–; y me habló no sólo de la posibilidad de educar en colegios de educación primaria, sino de trabajar en hospitales, en ONGs, en circos, en medios de comunicación, en educación para adultos, en equipos editoriales... Aunque no tenía claro qué puesto de trabajo quería desempeñar en el futuro, sí que me di cuenta de la gran variedad de cargos en los que podía cambiar el mundo a pequeña escala.

Y así es como acabé estudiando los estudios de Magisterio en Huesca. De nuevo, comencé con ilusión el primer curso académico, pero de forma más cautelosa y moderada porque, de alguna manera, preveía que iba a ocurrirme lo mismo que en el curso anterior y quería evitar vivir un desencanto mayor. Sin embargo, cuantas más semanas pasaban más encantada estaba. Al inicio experimenté una saturación de información: invitaciones para el club de lectura, solicitudes para unirme a equipos deportivos, seminarios prácticamente semanales de diferentes temáticas, cursos de idiomas regionales e internacionales, conferencias en diversas materias... La dificultad era decidir qué dejar de lado porque no daba tiempo a todo.

La sensación de plenitud me empujaba a estudiar seriamente las asignaturas, con la motivación necesaria para ser siempre constante, y prepararme no solo las clases y exámenes...sino las *tutorías*. Previamente, había oído hablar de ellas de forma muy remota, pero nunca se me había incentivado a usarlas de verdad; y realmente entendí lo imprescindible que eran. Podía ir sola o con un pequeño grupo, y teníamos la posibilidad de abordar aspectos que en las clases normales no daba tiempo, y el grado de individualización era mucho mayor. Ahora la posibilidad de tutorización la recuerdo como un aspecto positivo, pero hubo momentos un poco difíciles para mí, porque ese grado de individualización –en el cual el profesorado conocía

mi nombre, mi seguimiento de la asignatura, mis dificultades— era también un gran compromiso. En ese momento, me aliviaba parcialmente que no todo el profesorado fuera tan comprometido y exigente, pues de esta forma podía tener más tiempo libre. Ese ocio extra que me permitieron tener en algunas asignaturas... se transformó en carencias posteriores que noté al empezar a trabajar.

El clima de estudios se veía favorecido por un ambiente sano y acogedor, donde curiosamente conocía algunos nombres de los conserjes, del responsable del bar, o del personal de limpieza. De igual forma, bastante profesorado conocía mi nombre, algo que sin duda te ayudaba a sentirte apoyada en los estudios.

Pero lo que más huella me ha dejado, y de lo que más me siento orgullosa, es del plan de estudios de Magisterio. Aunque tarde, me di cuenta que mis dos inquietudes iniciales estaban siendo resueltas. En esta carrera tuvimos que estudiar de todo, como si fuera un bachillerato — pero no de un área especializada, sino completo— a nivel universitario, y con un enfoque siempre didáctico. Así, no sólo memoricé, sino que conocí y comprendí contenidos de matemáticas, lengua, pedagogía, historia, arte, música, educación física, psicología, sociología, antropología... y en especial ética y física, las cuales habían sido mi pasión inicial. Al fin y al cabo, estudiando Magisterio me encontré con «*Sobre la electrodinámica de cuerpos en movimiento*», escrito de 1905 donde Einstein presentó su teoría de la relatividad especial, o con «*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*», tratado donde Kant asentó en 1785 la ética deontológica.

¿Por qué la Luna no cae sobre la Tierra? ¿cómo se diferencia una obra de arte de otra que no lo es? ¿cómo aprende el ser humano? ¿cómo se demuestran la verdad de las fórmulas que más usamos en matemáticas? ¿Cómo puedo hacer ejercicio físico de manera saludable? ¿qué dimensiones básicas tiene la vida humana, y qué papel tiene el juego en ella? Sobre todas estas cuestiones, y tantas otras de la misma importancia, tuve la oportunidad de estudiar durante varios años. Asimismo, lo que más me encantaba —y lo sigo haciendo cuando trabajo con mi alumnado, es relacionar todas las áreas de conocimiento entre sí—. Quizá el profesorado de secundaria lo tenga más difícil por la gran especialización que tienen en su materia, pero el perfil del magisterio es tan multidisciplinar como lo es la vida social, o lo es el cerebro humano. Sin embargo, ello requería ponerse las pilas en aquellas materias en las que era más inexperta, o hacia las cuales no tenía tanta preferencia. Por nuestra profesión, tenemos que saber de todo, tenemos que saber enseñar de todo, y tenemos que saber enseñar a cualquier tipo de persona en cualquier momento —ya esté desmotivada, o no entienda tu idioma, o sea autista, o se le acabe de morir su perrito—.

Durante mi estancia en Magisterio disfruté de los contenidos y los métodos académicos en las asignaturas. Pero el mayor aprendizaje que adquirí, fue el valor de educar, en el sentido de la gran importancia y valoración que tiene la educación y la docencia a nivel social, pero también en el sentido de la gallardía para educar en contextos diversos, multiculturales y a lo largo de toda la vida. Quizá no tuviera esa vocación inicial y de nacimiento que reclamaban algunas personas para ejercer el buen magisterio, ya que no fue mi primera opción universitaria; pero quizá me he haya construido yo misma mi vocación, ¿acaso no es sustituible por la capacidad, el empeño y el compromiso?

Mi estancia en Magisterio de Huesca no duró tres años. Ni cuatro si tengo en cuenta el posgrado. Mi estancia en Magisterio ha perdurado hasta hoy, doce años después, porque es una Facultad viva, llena de actividades, abierta al público, donde te puedes formar de manera continua y actualizada, donde puedes reunirte. Donde siempre puedes volver.